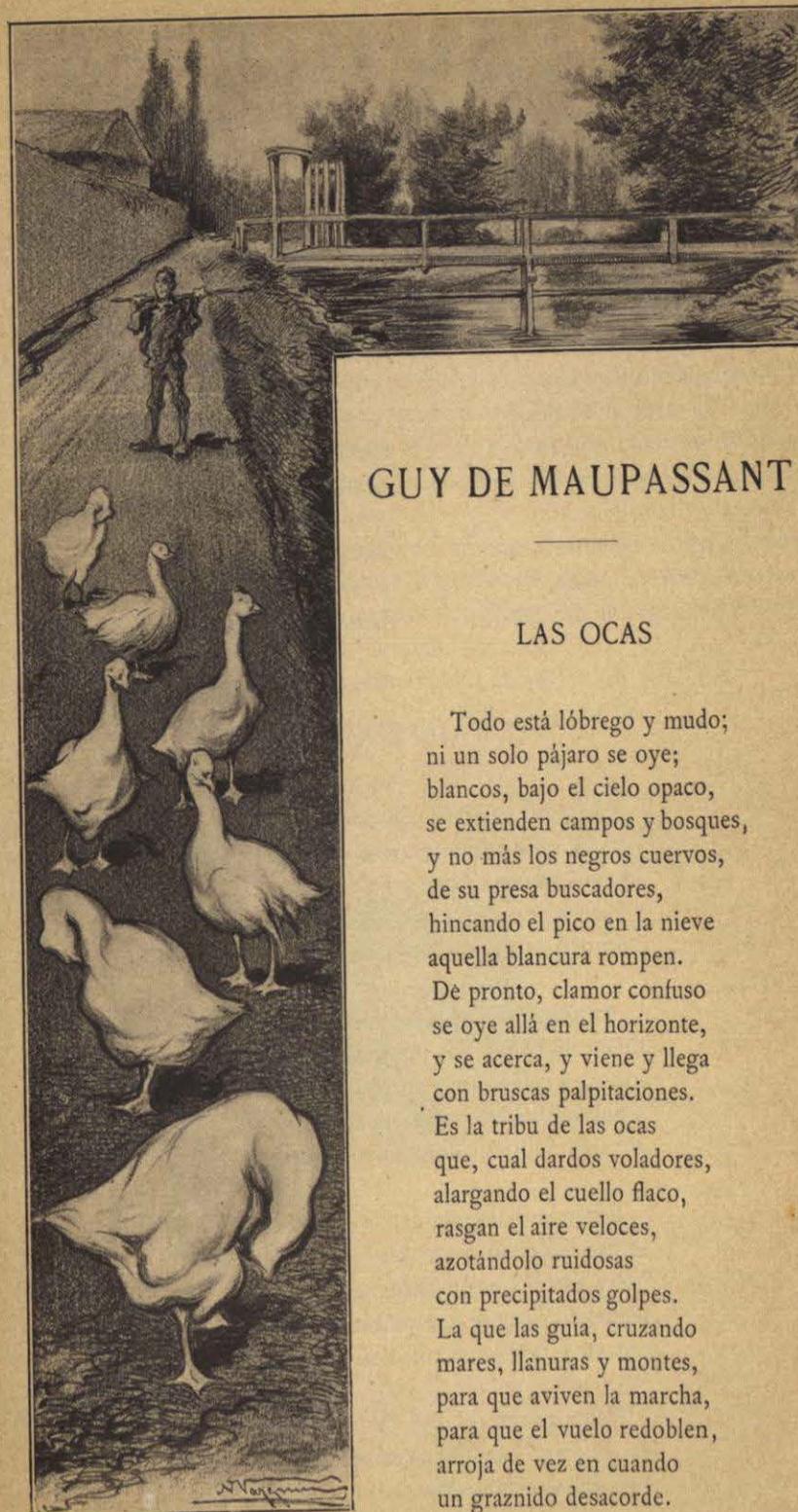


su fuerza la costumbre, desmayaba  
 ante la soledad, aterradora  
 para mí. Mudo, la abrasada frente  
 entre las manos, meditaba á solas  
 sobre el odioso porvenir. ¡Qué amargas  
 las comidas! ¡Cuán largas y enfadosas  
 las veladas sin música! ¡Qué horribles  
 las noches! Y encendido en ciega cólera,  
 la maldije insensato, y me irritaba  
 oír sus pasos en la estancia próxima!

Llegó el instante. Ennegrecer no quise  
 la triste despedida con la sombra  
 de mis enojos. Levantéme súbito,  
 cansada el alma de su lucha sorda,  
 y la estreché en mis brazos ardoroso,  
 delirante, frenético. ¡Cuán hondas  
 las últimas miradas! ¡Cuán febriles  
 las caricias postreras! ¡Cuán copiosas  
 sus lágrimas, mezcladas con las mías,  
 corrían por mi rostro, y á mi boca!  
 aún cálidas llegaban! ¡Qué apretado  
 se encogió el corazón! ¡Cuál mis ya rotas  
 entrañas desgarraban más sus besos,  
 que mi delicia fueron y mi gloria!

Mucho duró el suplicio; no sé cuánto.  
 Solo, por fin, cuando á mi vista atónita  
 se perdió el coche tras lejana esquina,  
 enmismado, la mirada torba,  
 indeciso el andar, seguí la acera.  
 Subía el humo al cielo en leves ondas,  
 y París emprendía su tarea  
 al sol de una mañana encantadora.  
 Asombro me causaba que las gentes  
 trabajasen, y al verlas tan gozosas  
 pasar, la negra noche apetecía.  
 Allá, en su incierto tondo, la memoria  
 transfiguraba lo pasado, y limpios  
 de mancha, con fantástica aureola  
 brillar veía los perdidos goces  
 del amor, como espléndida y hermosa  
 la imagen de la patria brillar mira  
 el desterrado que su ausencia llora.



## GUY DE MAUPASSANT

### LAS OCAS

Todo está lóbrego y mudo;  
 ni un solo pájaro se oye;  
 blancos, bajo el cielo opaco,  
 se extienden campos y bosques,  
 y no más los negros cuervos,  
 de su presa buscadores,  
 hincando el pico en la nieve  
 aquella blancura rompen.  
 De pronto, clamor confuso  
 se oye allá en el horizonte,  
 y se acerca, y viene y llega  
 con bruscas palpitaciones.  
 Es la tribu de las ocas  
 que, cual dardos voladores,  
 alargando el cuello flaco,  
 rasgan el aire veloces,  
 azotándolo ruidosas  
 con precipitados golpes.  
 La que las guía, cruzando  
 mares, llanuras y montes,  
 para que aviven la marcha,  
 para que el vuelo redoblen,  
 arroja de vez en cuando  
 un graznido desacorde.

La volátil caravana,  
como cinta suelta y doble,  
ondulando va en el aire,  
y se despliega y se encoge,  
y ensancha el extenso triángulo,  
que jamás se descompone.

Mientras, sus pobres hermanas,  
con paso trémulo y torpe,  
por el frío entumecidas,  
los anchos prados recorren.  
Niño harapiento las guía,  
y van, á su imperio dóciles,  
meciéndose, cual si fueran  
pesadas embarcaciones.  
De la voladora tribu  
oyen los agrios clamores;  
yerguen la cabeza, miran  
al cielo; absortas é inmóviles

las ven pasar y perderse  
entre las nieblas. Entonces  
quieren seguir las, y en vano  
sus alas flojas y pobres  
agitan. Desesperadas,  
oyendo de aquellas voces  
el reclamo, despertarse  
sienten, al tremendo choque,  
la libertad primitiva  
dormida en sus corazones,  
y la fiebre del espacio  
y de otros climas mejores.  
Sobre la nieve, aturdidas,  
marchan sin saber adónde,  
y lanzando, como locas,  
sus gritos desgarradores,  
á las libres compañeras  
largo tiempo les responden.

### EL PAJARERO

El Amor, pajarero consumado,  
recorre valle y monte, selva y prado,  
cuando derrama Abril sus alegrías;  
y llenan su jaulón todos los días  
los pobres pajaritos que ha cazado.

Así que raya la risueña aurora,  
tiende su mano, á la piedad ajena,  
los hilos con la liga engañadora,  
y artero esparce—¡tentación traidora!—  
el rubio mijo ó la dorada avena.

Escóndese después detrás de un seto,  
se tiende del arroyo en las orillas,  
busca entre ramas mirador secreto,  
temiendo siempre que su pie indiscreto  
espante á las ligerasavecillas.

Planta su red al borde de las fuentes,  
en el campo entre rústicos senderos,  
bajo de los espinos florecientes,

y llueven á montones y á torrentes  
pardillos y pinzones y jilgueros.

Un junco, un débil mimbre, cualquier cosa,  
hace servir para la trampa odiosa;  
y luego — ¡niño, al cabo!— se recrea  
en ver venir su víctima medrosa  
que el grano, vacilante, picotea.

Muy pronto, franco, intrépido, aturdido,  
un pájaro, que apenas dejó el nido,  
y para quien el mundo es todo nuevo,  
mira con ojos vivos, traga el cebo,  
y en la pérvida pez queda prendido.

El Amor, pajarero consumado,  
se lo lleva, en su red aprisionado,  
lejos de las campestres alegrías;  
y llenan su jaulón todos los días  
los pobres pajaritos que ha cazado.

